

LA FILOSOFIA Y LA SOCIEDAD

Miguel Angel Pimentel



E trata aquí de establecer la relación que la filosofía ha tenido, históricamente, con cada sociedad; pero este punto de partida, que debe necesariamente empezar con un esbozo de la historia de la filosofía occidental en la medida en que se relaciona con nuestro tema, deberá culminar con una problemática más concreta y específica, que es la función que deberá realizar la filosofía en nuestra sociedad; cómo debemos justificarla; y si la misión de la filosofía en nuestro país, como en los demás países latinoamericanos, es de primer orden, qué explicación daremos a los prejuicios, a la apatía, a la ignorancia que muestran no sólo las masas incultas sino más bien los sectores sociales que gozan de cierto grado de cultura, los profesionales en general, ya sean médicos, agrónomos, físicos, veterinarios, y ¿por qué no?, hasta los propios educadores, no importa la rama de su saber, que no están las más de las veces conscientes de lo que es la filosofía, de su objeto, de su alcance socio-cultural e histórico.

En sus orígenes, la filosofía era la madre de las ciencias;

y se tenía como tal porque todas las reflexiones de los filósofos jonios de la Antigua Grecia, que fueron por cierto los primeros filósofos que conoce la cultura occidental, no importara que se tratase acerca del carácter de los fenómenos de la Naturaleza—cosmogonías, teogonías, astronomía, o de las pasiones o afecciones del espíritu, de las virtudes, de lo ético, la moral, las costumbres; como también de los rasgos del propio pensar—lógica, metafísica—, todo ese conjunto de reflexiones se hacían en una disciplina común a todas ellas: la filosofía. Y, desde aquí, hemos de sacar una de las conclusiones más importantes para responder al cuestionario de por qué es necesaria la filosofía: es necesaria, ante todo, porque le permite al hombre reflexionar sobre lo que es el mundo en que vive, las circunstancias que lo rodean, y además, por qué él es como es; es decir, una forma correcta de ser humano, como el hecho de ser dominicano es una forma particular de ser latinoamericano; de ser no occidental; entonces, la filosofía no es algo que está por las nubes, ni el filósofo es una persona “metafísica” como dice constantemente la opinión del vulgo, del pueblo; con excepciones mínimas, claro está.

Resulta por el contrario, que los problemas que se le plantean al filósofo están tan inmersos, tan patentes y evidentes en el seno de la sociedad en que vive, que la gente, sumergida a su vez en los afanes y preocupaciones de la vida cotidiana, no dispone apenas de tiempo para interrogarse acerca de ellos, aunque los mismos estén saltando sobre sus narices; y el filósofo tiene la audacia de preguntarse: ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la sociedad? ¿Qué es la naturaleza? , y desde ese instante los otros le echarán en cara que es un metafísico porque se hace preguntas que no pueden hacerse, o no deben hacerse. ¿Por qué razón? Porque la mayoría supone, presupone, da como un hecho consumado, por siempre jamás, que el orden natural, social y humano en que vive, es y existe, ha sido siempre así, ya que no podría ser de otro modo, y que por lo tanto, lo que ha sido establecido desde hace tantos años,— lo cual es una falacia o actitud de pereza intelectual

¡claro está! — no amerita la urgencia de ser pensado, de ser reflexionado por cuanto lo que importa es vivirla, trajinarla, usarla o gozarla. Entonces de pronto irrumpe la filosofía, el filósofo, en momentos de crisis espiritual, socio—cultural y política, y toma la autorcha del pensamiento e ilumina a todos los que le rodean, tal como lo hizo Sócrates, en el siglo IV antes de nuestra era, cuando iba de plaza en plaza, en Atenas, y le decía a cada ateniense: “Conócete a ti mismo”, en una época en que la eticidad y la democracia de las ciudades—estados estaba en decadencia, en franca crisis, y que, a pesar de los años nosotros los dominicanos tenemos aún mucho que aprender de ese momento trascendental en la historia de Grecia y de la cultura occidental, ya que pesa demasiado sobre nuestra realidad, la falta de idiosincrasia histórica, lo cual ha determinado la triste consecuencia de que aún no nos hayamos dado un tipo de sociedad, una forma de organización jurídico—política y estatal que obedezca a los rasgos de nuestro “ser”, a las exigencias de nuestras costumbres, tradiciones, creencias y folklore, en connubio con las posibilidades de nuestro medio geográfico y con el designio que la historia universal ha trazado y espera de estos pueblos enraizados en la Cuencia del Caribe.

No se trata de embarcar ideologías y sistemas extraños, de ver en los países occidentales el espejo de nuestro futuro; propagando y defendiendo conquistas históricas de países sumamente extraños a los de América, ya se trate de las férreas dictaduras del proletariado de las naciones eslavas y del medio oriente o del capitalismo mercantil de la Inglaterra del siglo XIX; pues no, esos modos de organizar la sociedad no deben ser tomados como espejos, sino como pautas de acción y reflexión a la vez, para que de este modo el pueblo dominicano pueda realizarse en un sistema democrático sui generis, que sea el resultado del fruto tesonero de cada uno de nosotros, teniendo siempre a la vista el ideario del fundador de la Patria, quien nunca perdió la confianza en que los dominicanos podemos gozar y participar, vivir y existir, en una sociedad libre e independiente; y de paso —téngase en

cuenta que Duarte estimaba en alto grado la filosofía— y frente a esa gran empresa, la filosofía puede ofrecer a los profesionales, a los intelectuales y escritores y en especial a los educadores, los medios necesarios, indispensables, para pensar nuestra realidad en la presente coyuntura histórica de 1978, para analizar la personalidad y la sicología del dominicano; para conocernos a nosotros mismos. Pero no se crea que sería la primera vez que la filosofía se ofrecería a los dominicanos para poder hacerles conscientes de su misión histórica. Echemos una ojeada a las últimas décadas del siglo XIX, y reanalicemos la labor realizada en nuestra tierra por la figura insigne de Eugenio María de Hostos, quien con la mente siempre en alto, enseñó, propagó y defendió los principios del positivismo spenceriano, facilitando así, en el orden educativo, el instrumental de una pedagogía racionalista y crítica, laica pero no atea, en la cual la facultad de pensar sustituyera los ejercicios de pura nemotecnia, de simple memorización de datos, fechas y personajes, y a nivel socio—cultural, despertó en la conciencia de los dominicanos la necesidad de integrarse en la confederación de las Antillas; proyecto político ideado por Hostos con la única finalidad de que los antillanos hicieran su propia historia, de que aspiraran por primera vez a vivir libremente en un ambiente de paz, progreso y libertad, y para lo cual se requerían dos cosas: que los propios dominicanos abandonaran su egoísmo y personalismo políticos, pensando en los intereses generales de la nación y de la patria y no en los intereses mezquinos individuales que privan a los hombres de toda posibilidad de vivir humanamente; y, la otra, que era vital emprender el estudio de los principios de la filosofía positivista, puesto que ella representaba la armazón espiritual o ideológica con que podía afianzarse la independencia recién conquistada por Duarte y sus discípulos, al expulsar a los haitianos de nuestro territorio, y también por la actitud de la metrópoli española, al reconocer la autonomía del Estado Dominicano. No hemos, pues, de olvidar esta fuerte ligazón que tuvo la filosofía con las conquistas sociales que logramos en el siglo pasado.

Razones hay de más para justificar la filosofía como una actividad cultural no menos importante, por sus frutos teóricos y empíricos, que el cultivo de las demás ciencias y técnicas. Estamos actualmente inmersos en una época de auge cultural, económico y social. Las estadísticas lo demuestran. A grandes rasgos, una serie de fenómenos innegables sirven de prueba irrefutable: cada año el número de egresados de las universidades nacionales alcanza una cifra mayor, la cantidad de industrias criollas y extranjeras, de empresas privadas y del estado, de periódicos y otros medios de comunicación social aumenta aceleradamente; las investigaciones científicas, la publicación de revistas y libros en donde se manifiesta el intelecto autóctono, están a la vanguardia: todos esos signos evidencian un progreso notable.

En medio de ese torbellino, ¿qué puede hacer la filosofía? De primera intención se podría considerar que su labor es vana, superflua, o inútil. Empero si se compara la reciprocidad que hay entre cada una de esas actividades y disciplinas y sus posibles repercusiones en el marco de la sociedad, estaríamos en capacidad de captar algunas de las funciones centrales que la filosofía habría de desempeñar: a los intelectuales, profesores y educadores, podría ofrecerles una concepción del mundo, mejor aún, de la realidad y el conjunto de circunstancias típicas que conforman "su mundo peculiar que es el estar y vivir en la República dominicana" y de los problemas propios de ese mundo, de esa realidad; y ofrecerles, asimismo, dentro de esa concepción o ideología, las pautas de pensamiento mínimas para sentirse en la obligación y capacidad de reflexionar, creadoramente, evitando así el encerrarse en el círculo estrecho de su vida privada; a las empresas que se relacionan con la publicidad y los diversos medios de comunicación les daría conciencia acerca de los valores reales de la cultura nacional además de exigirles el incentivo, la propaganda y la concientización de los aportes filosóficos que han producido pensadores de origen autóctono, no obstante que los beneficiarios inmediatos de su actividad científica hayan sido otros países latinoamericanos como en el

caso de Cuba y Venezuela, en el siglo pasado, cuando las familias de los Heredia, Del Monte, Núñez de Cáceres y otras tantas más emigraron a causa del estatismo social del período de la España Boba y de la invasión haitiana de 1822, conjuntamente; y en el presente siglo el ejemplo de Pedro Henríquez Ureña, cuya genialidad prohijaron Argentina y México, no puede ser más elocuente; y por último, en cuanto a los científicos dominicanos se refiere, la filosofía provee la metodología y la capacidad crítica que son requisitos previos a toda investigación científica, no importa la disciplina científica de que se trate.

Y no se piense que la filosofía habría de realizar en nuestro medio una labor milagrosa y nunca antes vista; por el contrario, en los países desarrollados y que han sido a la vez las potencias políticas y económicas que ha conocido la humanidad, ésa ha sido la misión normal y cotidiana de la filosofía. Algunos ejemplos servirán para ilustrar lo dicho: En la Antigüedad, en la Grecia Clásica, en la Roma de los Césares, la filosofía sirvió como la disciplina que ofrecía el método y la orientación racional a todas las ciencias existentes en esa época, las cuales estaban indiferenciadas y carentes de un objeto propio de investigación. En la Edad Media, se alió con la teología para emprender juntas la reflexión acerca de los valores supremos del espíritu humano, para establecer los cánones del hacer y del pensar ante los cuales los hombres tenían que regularse en sus relaciones con Dios, con la Naturaleza y con su propia conciencia; en los siglos XVII y XVIII, durante el Iluminismo, los filósofos fueron los que resaltaron las prerrogativas humanas que les son comunes a todos los hombres, sin importar la raza, el credo político, el idioma o la nación, y que conocemos ordinariamente como los Derechos Universales del Hombre; y finalmente, en los últimos siglos, XIX y XX, los cuales moldean de manera directa o indirecta las condiciones generales en que se desenvuelven nuestras vidas, sea en Europa Central, en Africa, en Asia, Estados Unidos o Latinoamérica, la filosofía ha estado cumpliendo su finalidad, de manera amplia, conservando

dentro de sí cada una de las funciones históricas permitidas; en el existencialismo, dando el grito de alarma ante los desafueros de las naciones poderosas que participaron en las crisis de las dos guerras mundiales; en el neopositivismo lógico, confeccionando una lengua universal común a todas las ciencias naturales como a las del espíritu; en el materialismo histórico, reflejando la necesidad de luchar por la creación de un hombre nuevo, de un humanismo nuevo, que piense, considere e impulse a los hombres desarrollándolos de manera total, es decir, tomando en cuenta todos sus valores, sus deseos e instintos, sus necesidades, sus obligaciones sociales e individuales, para forjar así una sociedad nueva y mejor, más humana, a la cual lleguen todas las naciones por su libre determinación, sin agresiones ni vejaciones, siempre que se mantenga como lema único: A cada cual según sus necesidades y su capacidad.